

**COMENTARIOS BÍBLICOS DE BELTRÁN VILLEGAS**  
**Solemnidades y Fiestas**  
**Del Libro "Esquemas para Homilias"**

**FIESTAS INVARIABLES**

**ASUNCIÓN**

Apoc. 11,19<sup>a</sup>; 12,1-6<sup>a</sup>.10ab; 1 Cor 15,20-26; Lc 1,39-56

**15 de Agosto**

Lo que se celebra en esta fiesta de la Asunción de la Virgen tiene que comprenderse a la luz de la Resurrección de Jesús. Pero si la Pascua de Resurrección es sobre todo el momento de reafirmar nuestra fe, la Asunción de la Virgen es más bien el momento de reafirmar nuestra esperanza, ya que destaca explícitamente que lo acontecido en Jesús en la Pascua está destinado a reproducirse en todos los creyentes,

El más iluminador de los tres textos que hemos leído es el de la 2<sup>a</sup> Lectura, que nos presenta a Cristo Resucitado como el "nuevo Adán", que introduce un dinamismo de vida contrapuesto al dinamismo de muerte originado por Adán. Pertenece por nacimiento a una humanidad condenada a muerte. Pero Dios nos da en Cristo muerto y resucitado la posibilidad de vencer a la muerte y de entrar en posesión de una vida nueva, sustraída a las limitaciones de la vida biológica y llamada a vivirse más allá de las barreras, infranqueables para nuestra mente, del espacio y del tiempo.

A esta vida sólo se accede a través de una muerte de antemano aceptada y asumida en una conversión que haga de Cristo muerto y resucitado el paradigma de nuestra existencia. Y la medida de nuestra participación en la vida nueva de Cristo resucitado será exactamente la de nuestra participación en la muerte de Cristo crucificado. Por eso es que la Iglesia le reconoce a la participación de la Madre de Jesús un lugar privilegiado, ya que ella vivió la muerte de su Hijo de una manera cualitativamente diferente de cómo lo han hecho los demás cristianos. S Pablo en su texto establece un "orden" para la resurrección, y dice: "Cristo el primero de todos, luego los de Cristo, cuando él venga". La Iglesia, intuitivamente, ha pensado que a la Virgen hay que ponerla más cerca de Cristo que de todos los demás creyentes.

Es capital, en esta fiesta, subrayar dos elementos inherentes a ella. El primero es el del valor de la corporalidad en la visión cristiana de la vida, No es raro encontrar cristianos que ven en el cuerpo la raíz del mal y del pecado: error manifiesto, pues no es el cuerpo el que "echa a perder" el alma, sino el egoísmo del alma el que puede "echar a perder" las funciones del cuerpo, todas en sí mismas buenas y valiosas. Cada vez es más claro que nada hay en la vida humana que no tenga un componente corpóreo, sin excluir la comprensión intelectual ni las decisiones libres. Pero, teológicamente, el cuerpo es valorado sobre todo por cuanto él es por excelencia el vehículo o instrumento indispensable para entrar en comunión interpersonal con los otros. ¡Y no es casualidad que Cristo para entrar en comunión con nosotros nos haya llamado a recibir su cuerpo! Y será esta dimensión de nuestra corporalidad la que nos será devuelta y sublimada en la resurrección, mientras que desaparecerán las funciones sólo biológicas de alimentación y reproducción. Hacer ver que la castidad cristiana surge de reconocer la dignidad sagrada del cuerpo (y sobre todo de la función que está llamada a expresar la mayor capacidad de comunión entre dos personas) es algo que se echa de menos en la educación actual.

El otro punto que se debe enfatizar hoy es el de la muerte como sola puerta de acceso a la vida resucitada. Esa muerte es más que la mera "defunción". Es la renuncia a la propiedad de la vida

que tenemos. Es aceptar que esta vida que ahora tenemos debemos vivirla como "no nuestra"; es reconocer que el egoísmo nos cierra el único acceso posible a la vida nueva de Cristo que se despliega en un cuerpo que es esencialmente un "cuerpo de comunión" (como lo vemos en la Eucaristía). Esa "muerte que conduce a la vida" se da máximamente en la *solidaridad como forma de vida* (y no sólo como actos aislados y ocasionales). Esto es importante tenerlo presente en esta semana en la que celebraremos el aniversario de la muerte del Padre Hurtado, proclamado como "día de la solidaridad". Que él nos ayude a todos a comprender lo que enseñó incansablemente durante su vida: que el derecho de propiedad tiene que estar al servicio del destino universal de los bienes temporales. Nada puede ser incondicionalmente sólo nuestro. Sobre todos nuestros bienes pesa una "hipoteca social", según la forma gráfica del Santo Padre.

## TODOS LOS SANTOS

Apoc 7,2-4.9-14; 1 Jn 3,1-3; Mt 5,1-12<sup>a</sup>

### 1º Noviembre

En esta fiesta de "todos los santos" puede ser útil tener presente que en el Nuevo Testamento el nombre apelativo de "santos" se les da a todos los cristianos. Con ello se expresaba simplemente que ellos eran miembros del "pueblo santo", es decir del "pueblo de Dios". En el Antiguo Testamento, el "pueblo santo" o "de Dios", era Israel, que le pertenecía a Dios en virtud de la "Alianza", cuya fórmula era: "Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo". Ahora bien, la comunidad de creyentes en Cristo se consideró a sí misma como el "nuevo Israel", el nuevo "pueblo santo" (cuya cifra era 144.000, es decir el cuadrado de 12, cifra de Israel, por sus tribus, multiplicado por 1.000: cfr. 1ª Lectura). Este "pueblo santo", lo era en virtud de la "Nueva Alianza" fundada en el sacrificio de Cristo, como lo recordamos cada vez que celebramos la Eucaristía.

Lo propio y característico de esta nueva relación con Dios del nuevo pueblo santo, es que se trata de una relación filial, cuya raíz última es el inmenso amor de Dios, como lo destaca la 2ª Lectura. De manera que ser cristianos es vivir conscientes de la calidad de "hijos de Dios"; y esto - y nada más - constituye la santidad cristiana. Esta vida de hijos es la que se describe en las actitudes mencionadas en las Bienaventuranzas del Evangelio de Mateo, que acabamos de leer. Para comprenderlas bien hay que ponerlas todas a la luz de la primera de ellas: la de "los pobres de espíritu", actitud que podría describirse también como "humildad de corazón", y que es la conciencia de que frente a Dios no seremos nunca más que mendigos, y jamás sus "acreedores". Esta actitud es necesaria para todos, aunque sean pobres, y es posible para todos, aunque sean ricos.

Desde siempre, el vivir como hijos se dio en grados muy diferentes, y me atrevo a decir que desde siempre, ha sido más frecuente la realización mediocre e imperfecta de lo que implica vivir como hijos de Dios y según el espíritu de las bienaventuranzas. Pero desde siempre también han sido numerosos los que han sabido ser coherentes, si no en forma total, al menos en cuanto a lo más medular, con esa calidad de hijos de Dios. De estos cristianos coherentes, son muy pocos los que han sido reconocidos como tales por la Iglesia mediante su "canonización", que los presenta como "modelos" de vida cristiana.

Pero estos santos canonizados no agotan esa dimensión de "ejemplaridad" que nunca puede faltar en la comunidad cristiana. Junto con la "tradición doctrinal" necesita la Iglesia una "tradición de vida". No se puede aprender a ser cristiano sólo a través del conocimiento doctrinal ofrecido en textos escritos: es indispensable *ver* vivir cristianamente; sin esto es posible deformar el sentido real y existencial de esos textos. Pertenece a la indefectibilidad de la Iglesia, no sólo que no pueda corromperse en ella la revelación de Dios, sino también que nunca puedan faltar cristianos capaces de transmitir ese "estilo" evangélico de vida, de una manera transparente y atrayente.

En este día de "todos los santos", haríamos bien en individualizar a esas personas que a lo largo de *nuestra* vida nos han ayudado a descubrir cómo se puede encarnar concretamente el evangelio en las más variadas situaciones. Podríamos, por ejemplo, buscar cada uno una persona con rostro y nombre definidos en la que se nos haya hecho palpable el sentido y el alcance de cada una de las bienaventuranzas.

## **TODOS LOS SANTOS**

Apoc 7,2-4.9-14; 1 Jn 3,1-3; Mt 5,1-12<sup>a</sup>

Todo nos invita hoy a reflexionar sobre el "más allá" de nuestra existencia cristiana. En primer lugar, la Liturgia en la Iglesia celebra en este día a todos los "santos", es decir a aquella innumerable muchedumbre de hermanos nuestros en la fe, que - terminada su vida terrena - han llegado a la plenitud del destino que Dios nos tiene prometido: muchedumbre de la cual sólo una pequeñísima minoría ha recibido el reconocimiento oficial de la coherencia entre su fe y su vida, a través de una beatificación o canonización. En segundo lugar, una tradición muy arraigada en todas partes lleva hoy a la gente a los cementerios para visitar las tumbas de sus seres queridos (anticipándose un día a la conmemoración litúrgica de todos los fieles difuntos, que tiene lugar el 2 de Noviembre). Y en tercer lugar, este año el Papa nos ha proporcionado luces muy interesantes para reflexionar sobre las perspectivas referentes al "más allá" contenidas en la entraña misma de la esperanza cristiana.

Creo de especial oportunidad ahondar - y eventualmente corregir - la idea que tenemos del "cielo", idea que muchas veces está lejos de entusiasmar a los propios cristianos y de ser para ellos - para nosotros - una perspectiva atrayente y dinamizadora, el verdadero "polo magnético" o "centro de gravedad" de nuestra existencia. A veces parece que pesa más el "no irse al infierno", que el "irse al cielo", pues este concepto se proyecta a menudo en la imagen de una infinita monotonía.

El Papa ha sido muy claro para prevenirnos contra estas desfiguraciones de la realidad que están detrás de la palabra "cielo", disuadiéndonos de pretender llegar a lo que el Cardenal Congar llamó gráficamente "una física del más allá". El gran énfasis negativo del Papa recae sobre la imposibilidad de aplicarle al cielo nuestras categorías de espacio y de tiempo: el cielo no es un lugar, y en él no hay sucesión mensurable mediante el tiempo: en un instante infinito se nos entrega la plenitud de Dios que existe íntegra simultáneamente. También enfatiza el Papa que el cielo no está constituido por "cosas", sino que consiste en Dios dándose en comunión plena a sus hijos amados y amantes. A veces para expresar esto, se dice que el cielo consiste en la "visión de Dios", y a menudo esta fórmula sugiere la idea de un "espectáculo", como cuando uno va a "ver" una pieza de teatro, un filme o un partido de fútbol. Pero hay un "ver" que es completamente ajeno a estas experiencias, y es el que se da cuando uno va a ver a su madre, a su familia o a un amigo querido. Es este tipo de "ver" el que tendrá lugar en el cielo. Será el encuentro con nuestro Padre que nos acogerá con un abrazo que nos hundirá en lo más profundo de su intimidad. Naturalmente, es, ésta, una perspectiva que sólo ofrece un sentido positivo y anhelable para quienes creen de veras que ese encuentro corona todos los deseos y capacidades de su vida humana. Y hay que decir con toda claridad que ese encuentro cara a cara con Dios sólo puede ser deseado y esperado por quienes ya aquí han sentido experiencialmente que el único sentido definitivo de la existencia consiste en "estar para siempre con el Señor", como lo dice tantas veces San Pablo (1 Tes 4,17; Flp 1,23; Rom 6,8; 2 Cor 5,8; Col 3,3-49, y como ya lo habían vislumbrado algunos salmistas en el Antiguo Testamento (S 73,25-26.28; y 84,2-3). El cielo no puede ser sino la eclosión de una comunión con Dios vivida aquí en la tierra. Sin un hondo y religioso sentido de Dios el cielo no puede resultar más atrayente como perspectiva que la de estar para siempre con alguien que no nos interesa.

Por último, es necesario subrayar que esa "comunidad última con Dios", lejos de ensimismar en un éxtasis solitario a quien la vive, lo sumerge en el gozo festivo de la inmensa familia de los hijos de Dios: la imagen bíblica por excelencia de la bienaventuranza definitiva es la del gran banquete de todos los hijos en la misma mesa del Padre. Pero esta dimensión de la comunión eterna con Dios que se dará en "el cielo" tiene que comenzar a vivirse aquí y ahora, en nuestro tiempo y en nuestra tierra. La vida humana se empequeñece en cualquier individualismo, aunque sea místico o religioso, y no es genuina la comunión con Dios que no dilata nuestra capacidad de comunión solidaria con los demás hombres, nuestros hermanos llamados a sentarse con nosotros en la mesa de nuestro Padre común. La comunión con Dios funda la "comunidad de los Santos", porque no es "santo" (perteneciente a Dios) el que no comparte la capacidad de darse que es la que define lo más entrañable del Dios de nuestra fe.

## CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS

Apoc. 21,1-7; 1 Cor 15,20-23; Lc 24,1.8

### 2 de Noviembre

Es importante hablar de la muerte desde el punto de vista de la fe cristiana, porque la cultura de la sociedad en que vivimos nos transmite una idea de ella incompatible con nuestra fe. Ante todo - y es lo más obvio - es claro que hay una tendencia a hacer desaparecer la muerte, haciéndola cultural y socialmente invisible; una ola de eufemismos tiende a eliminar esas palabras que revelan su cruda realidad, como cadáver o cementerio. Y detrás de estos hechos sociales está la percepción, que viene de Nietzsche, Sartre, Camus, Malraux, de que la muerte revela el absurdo de la condición humana. Como resulta imposible comprender la muerte, se organiza todo un tinglado que ayuda al hombre a no ponerse el problema de la muerte y a no dejarse tocar por el absurdo que ella constituye. Por otra parte, no son muchos los que se dan por satisfechos con las ideas profundas de Heidegger sobre la muerte como la clave para la comprensión auténtica del ser, y sobre esta comprensión como clave - a su vez - para que el hombre comience a tener una existencia auténtica - y no ilusoria, y, por lo mismo, verdaderamente libre.

La fe cristiana comprende la muerte - y por tanto la vida - a partir de la muerte y resurrección de Jesús. A esta luz, la muerte humana es mucho más que la "defunción" como hecho biológico; es el signo más clamoroso de la "condición caída" de la humanidad. Y la obra esencial de Cristo es vista como un "duelo con la muerte": el Hijo de Dios asumió nuestra condición caída, y al aceptar por amor morir por nosotros derrotó a la muerte definitivamente, quitándole su carácter de maldición. Y el cristiano es invitado a morir con Cristo y a pasar así con él de la muerte a la verdadera vida: porque únicamente la nueva vida de Cristo resucitado merece el nombre de Vida (con mayúscula). Como se ve, la relación con Cristo se convierte en el criterio que nos permite interpretar toda la realidad: ésta aparece entera, sin él, como perteneciente al ámbito de la "muerte"; en cambio, con él, todo queda marcado por los rasgos de la vida verdadera. Esta relación vivificante con Cristo se hace real ya en el presente: "El que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado...ha pasado de la muerte a la vida" (Jn 5,24; " Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí aunque haya muerto vivirá" (Jn 11,25). Cristo no vino a abolir la muerte como hecho biológico, sino a cambiarle radicalmente su rostro. La muerte de Jesús nos revela, al coronarse con su resurrección, que Dios es de tal manera el Dios de la vida, que no sólo llama al ser al que no es, sino que llama al ser al que dejó de ser. La muerte biológica no afecta a la relación del hombre con Dios (o, mejor dicho, de Dios con el hombre) en Cristo: "Sea que vivamos, sea que muramos, somos del Señor, porque para eso murió Cristo y tornó a la vida: para ser Señor de los muertos y de los vivos" (Rom 14,8-9).

Se ve así que la esperanza de la resurrección es inseparable de la fe en Cristo crucificado y resucitado. Pero tenemos que tener claro que el Resucitado nos da su Vida en la medida en que aceptamos morir como él y en él. Y este compartir la muerte de Cristo es un compromiso adquirido en el bautismo, y que se va cumpliendo a lo largo de la existencia en la medida en que vivimos entregando la vida por los demás, rompiendo así con el Pecado - que es el eje del ámbito de la verdadera Muerte - y que se corona cuando "vivimos nuestra muerte" con conciencia de que es la más plena comunión con la forma que él murió por nosotros.

## INMACULADA CONCEPCIÓN

Gen 3,9-15.20; Ef 1,3-6.11-12; Lc 1,26-28

**8 de Diciembre**

Basta leer los diarios o ver la televisión para tener la evidencia de que vivimos en un mundo donde el mal - no sólo físico sino, y sobre todo, moral - tiene una vigencia enorme y permanente, con la que todos, en mayor o menor grado, tenemos algún grado de complicidad. Detrás de todas las manifestaciones de un mal (violencia, droga, injusticia, guerras, odios, corrupción, descontrol sexual, etc., etc.) está siempre el egoísmo individual o de grupos o clases, que busca el propio interés, sin reconocer un valor superior, al que todo lo demás deba subordinarse. Esta inextirpable dosis de mal, sufrimiento y fracaso es lo que constituye lo que desde Camus hemos aprendido a llamar la "condición humana": condición "caída" respecto de la que todos de alguna manera tenemos la evidencia de que la humanidad podría y debería ser de otra manera.

Los cristianos expresamos esta experiencia universal a través del dogma del "pecado original", una nueva formulación del cual ha estado intentando la teología desde hace unos cincuenta años para desvincularlo, en su verdad profunda, de representaciones culturales y científicas hoy obsoletas. Pero lo más específico de la fe católica al respecto - y en lo que nos distanciamos de nuestros hermanos protestantes -, es que ese "pecado original" no lo vemos como una corrupción total de la naturaleza humana, que pesa como una fatalidad que no puede superarse en nuestra vida terrestre. Los católicos creemos que esa "Gracia" de Dios en la que radica la posibilidad de salvación para los seres humanos tiene una fuerza transformadora que puede desplegarse ya en la existencia humana y crear en nosotros una verdadera "santidad". Y lo que celebramos en esta fiesta de hoy es que eso que Dios puede hacer en cada uno de nosotros aquí y ahora, lo llevó a cabo en la Virgen María desde el primer instante de su vida: desde su "concepción", y ello para que pudiera ser la digna Madre de su Hijo, sin que esa dignidad pudiera ser considerada como fruto de algunos "méritos" de ella, sino sólo como efecto de la libre y siempre "primera" (o "anterior") Gracia de Dios. La Virgen no fue elegida para ser Madre de Dios por ser purísima, sino que Dios la hizo purísima porque había sido elegida.

Creo que esta percepción es la que está implícitamente detrás de la atracción casi "instintiva" que esta fiesta despierta en la masa del pueblo católico. Este pueblo que se sabe pecador ve en la Inmaculada la certeza de que - como dice San Juan - "aún cuando nuestro corazón nos reprenda, Dios es mayor que nuestro corazón" (1 Jn 3,20). Y creo que la santidad inmaculada de María atrae - y no rechaza - porque es una santidad y pureza que no puede enorgullecerse, ya que es fruto de una Gracia claramente inmerecida. Cuando la Virgen "se define" a Santa Bernardita de Lourdes diciéndole. "Yo soy la Inmaculada Concepción", no está haciendo ningún alarde vanidoso: por el contrario, está reconociendo que todo en ella brota de un amor que se desplegó en ella desde antes de comenzar a existir.

Esa Gracia que se manifestó en la Virgen de una manera privilegiada, por estar destinada a ser la Madre de Dios, está continuamente actuando en nosotros y ofreciéndonos la posibilidad de una real y profunda transformación existencial. La sola condición es que reconozcamos nuestro pecado

personal y nuestra complicidad con el pecado del mundo y que seamos conscientes de la profundidad de ese núcleo de nuestro ser donde "habita" el pecado: profundidad que en definitiva sólo es accesible a la acción creadora y renovadora del propio Dios. En el fondo, tendríamos que hacer nuestra la petición de ese salmista que de pronto descubrió la hondura y gravedad de su pecado Salmo 51(50),3-12.

## EPIFANÍA

Is 60,1-6; Ef 3,2-6; Mt 2,1-12

Lo que se celebra en esta fiesta es la universalidad de la revelación de Dios, en cuanto llevada a cabo en la persona de Cristo, el Hijo de Dios encarnado.

Hay que subrayar la diferencia que distingue al texto del Antiguo Testamento de los textos del Nuevo Testamento que se han leído en la "liturgia de la Palabra" de hoy.

El profeta del A.T. prevé que el Dios de Israel va a llegar a ser el Dios de toda la humanidad, y concibe este suceso como consecuencia de la irradiación de la luz de Israel y como una glorificación del mismo Israel.

En cambio, los dos textos del N.T. coinciden en afirmar que el acceso de los "gentiles" al Dios de Israel tiene lugar, no a través de un pueblo (que era un "Estado nacional"), sino por medio de la persona única de Cristo. Naturalmente, estos textos difieren por su funcionalidad y su género literario. En la 2ª Lectura estamos ante un teólogo que nos expone cómo los gentiles, gracias al Evangelio, hemos llegado a ser coherederos y copartícipes de la Promesa de salvación, al llegar a ser miembros del mismo cuerpo de Cristo. En el Evangelio estamos ante un catequista que hace el relato de cómo unos personajes exóticos llegan a adorar a Jesús, en quien reconocen al Rey de los Judíos que merece el homenaje de todo el mundo.

Creo que vale la pena reflexionar sobre por qué conocer a Dios supone que Dios se revela. Pienso que lo decisivo es tomar conciencia de la diferente manera en que conocemos a los objetos, o cosas, y a las personas. Los objetos se entregan inequívocamente a la "ciencia": son silenciosos, pasivos, indefensos: nosotros los dominamos, los mantenemos a distancia, y su conocimiento nos da seguridad.

Las personas, en cambio, se entregan en signos ambiguos a una "fe": las personas hablan, y al relacionarnos con ellas nos exponemos; ellas nos interpelan, nos invitan a un riesgo que jamás desaparece del todo. Es que ser persona es ser libre: tener una intimidad y la capacidad de abrirla o de cerrarla; ser capaz de un proyecto o de un futuro distinto e imprevisible. Cada persona es un misterio, sólo conocible por una libre decisión de mostrarse.

Así, a Dios podemos conocerlo como Causa primera de todo, a partir de la creación; pero a Dios en su intimidad personal, en sus proyectos, en sus libres decisiones, sólo lo podemos conocer si se nos revela.

Ahora bien, el punto central de esta fiesta está en que Dios nos revela su intimidad, sus proyectos, sus criterios, en la actuación histórica de Jesús su Hijo encarnado.

Esto significa que nuestra tarea es ir descubriendo el verdadero rostro de Dios en Cristo. La actuación histórica de Jesús (sus hechos, sus palabras) tiene que llevarnos a corregir las visiones de Dios que nos pueden venir de otras tradiciones religiosas o filosóficas (o simplemente ambientales).

El "descubrimiento" de Dios en Cristo tiene que expresarse en dos actitudes fundamentales:

- a) La adoración. Me refiero a una actitud "extática". Gratuita, desinteresada, que surge de la conciencia de que Dios no es para nosotros, sino nosotros para él.

- b) La misión. Me refiero a la conciencia de que todos los hombres tienen el derecho de descubrir la maravilla que se ha revelado a nuestros ojos, y de que no podemos guardarnos para nosotros una realidad tan deslumbradora.

## EPIFANÍA

Is 60,1-6; Ef 3,2-6; Mt 2,1-12

El ciclo litúrgico constituido por los tiempos de Adviento y Navidad se caracteriza por la fuerza con que se destaca la estructura más entrañable de la "historia de salvación" en que nos inserta nuestra fe. Me refiero a la estructura "promesa - cumplimiento". Lo propio del cristianismo es reconocer, en primer lugar, en el Antiguo Testamento una gran *Promesa* de salvación (y no una ley, como lo ven los judíos), y luego, reconocer en los hechos que narra el Nuevo Testamento (la actuación de Jesús y el surgir de la Iglesia) un *cumplimiento* de esa Promesa: pero un cumplimiento que no elimina la esperanza de la plena salvación, sino que le da nueva fuerza y nueva certeza.

Durante los largos siglos del A.T. el contenido de la promesa se fue afinando y acrisolando. Se fue haciendo cada vez más claro que lo que se prometía no eran "cosas" sino la comunión con Dios mismo accesible en intimidad familiar. Y también se fue haciendo claro que esta indecible plenitud, que elimina toda limitación humana, estaba destinada no sólo al pueblo de Israel sino a todos los pueblos de la tierra con su diversidad de razas y culturas.

La fiesta de hoy celebra precisamente la Encarnación como cumplimiento de la Promesa, subrayando que ya desde los albores de la infancia de Jesús era la automanifestación de Dios a los pueblos paganos, los cuales la reconocen y la adoran en el Niño que ha nacido en Belén. El profeta del Antiguo Testamento cuya voz escuchamos en la 1ª Lectura, había imaginado que la luz gloriosa de Dios llegaría a los demás pueblos a la manera de un reflejo de la Gloria que brillaría sobre Israel, y que ello redundaría en honor para el pueblo elegido. Pero el Nuevo Testamento subraya que el vehículo para la manifestación salvadora ya no es un pueblo, sino una persona: Jesús, el que ha nacido desvalido en Belén, y al que adoran no sólo los pastores judíos sino también los "magos" venidos de Oriente.

Va a ser siempre en Jesús donde encontraremos al Dios que se nos quiere entregar en íntima comunión. Por eso la esperanza cristiana tiende a la venida del mismo Jesús que ya vino, a la Parusía del Resucitado, en cuyo rostro brilla ya la Gloria de Dios sin velos de ninguna especie.

Y esa esperanza nuestra será real y dinámica en la medida en que nuestra fe en Jesús se despliegue como una certeza de que en él tenemos acceso a Dios, de que en él Dios se nos entrega como "Padre nuestro", de que en él Dios nos invita a vivir como hijos suyos.

Tenemos que tener conciencia de que ser cristianos - como lo intuyó Pascal - es decirle a Jesús: "Tu Dios será mi Dios". Esto nos impone la tarea de purificar nuestra imagen de Dios y de quedarnos sólo con los rasgos - y con todos ellos - que emergen de la actitud de Jesús frente a ese Dios, para nosotros invisible, al cual él llamaba su "Abbá" ("papá"), y a cuya voluntad él se apegaba sin condiciones.

Si la esperanza cristiana se basa en la convicción experimentada de que en la historia de Jesús y de la comunidad cristiana ya tenemos cierto acceso a la comunión con Dios que es fuente de vida eterna, esa esperanza tiene que llevarnos también a darle toda la realidad anticipada que podamos al tipo de existencia humana - individual y social - que surgirá de la plena comunión con Dios: existencia libre, gozosa, abierta, transparente; una existencia donde la voluntad de comunión se sobreponga al énfasis egoísta sobre lo propio; una existencia donde todo lo que tengamos se

convierta en regalo, como el oro, el incienso y la mirra de los magos: regalo para ese Jesús que sigue presente en todos los desvalidos.

## **FIESTAS POSIBLES**

(Por rotación)

### **TRANSFIGURACIÓN-B**

Dn 7,9-14; 2 Pedro 1,16-19; Mc 9,2-10

El episodio de la Transfiguración tiene una inextirpable dimensión misteriosa que siempre dejará insatisfecha a nuestra curiosidad intelectual.

Pienso, sin embargo, que podemos lograr cierta comprensión de él si lo relacionamos con lo que es el contenido más entrañable e indiscutido de la "buena noticia" proclamada por Jesús.

Es bien sabido que ésta tiene que ver con el advenimiento del Reino de Dios. Este "concepto - imagen" expresaba la esperanza de todos los judíos en tiempos de Jesús, si bien había múltiples maneras de figurarse la realidad que estaba detrás de esa expresión. Lo propio de Jesús en su recurso a ese "concepto - imagen" radica en dos cosas: por una parte, en la despreocupación por las dimensiones "políticas" o "cósmicas" que podría tener el Reino de Dios, y en la concentración exclusiva sobre la perspectiva de una comunión íntima y cercana con el Dios que es Padre de todos los hombres, con su consecuencia necesaria que es la comunión plena y fraterna de todos los hombres entre sí, al ser admitidos juntos a "la mesa del Padre" en el gozoso "banquete del Reino".

El segundo punto que caracteriza el mensaje de Jesús - y el que más contribuye a darle su carácter de "buena noticia" - es que, sin perjuicio de una realización plena de ese Reino de Dios cuando termine la historia humana, es posible cierta "anticipación del Reino" en el curso conflictivo y siempre cojo de nuestra historia. Más en concreto, Jesús planteaba que ese reinado anticipado del Dios salvador y perdonador se estaba desplegando en su propia persona: era en él, en su persona y actividad donde ya se estaba dando la novedad del reinado de Dios. Era allí donde el Reino de Dios se constituía en objeto de una experiencia, dejando de ser una mera esperanza. Y ello en dos niveles: uno era el de las obras admirables o milagros, a través de los cuales mostraba que el poder del Dios Rey estaba puesto al servicio de su amor compasivo por los hombres; el otro nivel era el de sus actitudes, en las que se encarnaban los criterios del Dios Rey. Pero, además, Jesús sostenía que quienes lo acogían a él y su mensaje se abrían ya al reinado de Dios y entraban de alguna manera al ámbito de su Reino.

Ustedes ven que en el corazón del mensaje de Jesús se halla la paradoja de que pueden coexistir, por una parte, lo más profundo del reino de Dios (=la comunión con él, y en él con todos los demás), y por otra, la opacidad y caducidad de la condición humana. Y ello, en primer lugar, en la persona misma de Jesús, que tendría que pasar incluso por el rechazo de su pueblo y por una muerte ignominiosa. Así no es raro que la "Transfiguración" haya tenido lugar "seis días después" del primer anuncio hecho por Jesús de su destino doloroso.

Podríamos decir, entonces, que lo más importante que estuvieron llamados a comprender los testigos de este breve episodio no fue tanto lo que vieron sino el hecho de que eso que vieron no estaba menos presente en Jesús cuando no era perceptible a los ojos humanos, y no era incompatible con su pasión futura.

Y esto es muy iluminador para nosotros, porque nos revela que la "conversión" a que estamos siempre llamados es una transformación de nuestro interior de lo que todavía no es visible

en nuestra existencia. Tenemos que creer, como escribe S. Pablo que "aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, nuestro hombre interior se renovando día tras día. El momento pasajero de nuestra tribulación va produciendo en nosotros un peso eterno de gloria cada vez más inmenso. No tenemos puesta la vista en lo que se ve, sino en lo que no se ve" (2 Cor 4,16-18).

### **TRANSFIGURACIÓN- C**

Dan 7,9-10.13-14; 2 Ped 1,16-19; Lc 9,28b-36

Es un episodio misterioso, vinculado por Mt, Mc y Lc con la confesión de Pedro y el primer anuncio de la Pasión ("seis días después" en Mc y Mt; "como ocho días después" en Lc).

Ante la confesión de Pedro ("Tú eres el Mesías"), Jesús les revela a sus discípulos que sólo llegará a la gloria mesiánica en su resurrección, después de pasar por el rechazo y por la cruz: cosa que los discípulos no comprenden y no aceptan. La transfiguración les muestra a los que serán testigos de su máxima humillación en Getsemaní, que esa "Gloria" ya está presente - aunque normalmente escondida - en Jesús durante su ministerio pre-pascual, y que esa "Gloria no es una "gloria" cualquiera, sino la "Gloria propia de quien es "el Hijo amado de Dios". A esta "explicación" del fenómeno presenciado por los discípulos, la voz divina añade la orden de "escuchar" a ese Jesús, haciendo alusión al texto de Dt 18,15, en el cual Moisés hablaba de el "profeta como él", que Dios suscitaría en su pueblo y al que habría que "escuchar", profeta del que Elías y sus sucesores habían sido sólo una sombra precursora. Esto es lo que explica la presencia cerca de Jesús, de Moisés y Elías.

Por otra parte, Moisés y Elías habían sido admitidos cada uno en una montaña a contemplar la "Gloria de Dios": Moisés en el Sinaí para preparar la "Alianza" de Dios con Israel; Elías en el Horeb, para que quedara claro que la presencia de Dios en la historia es como una suave brisa tenue (y no como un huracán, un terremoto o un fuego). En esto se insinúa que Jesús va a ser el mediador de la nueva y definitiva "Alianza" de Dios con los hombres, y que ella se va a realizar a través de la "debilidad de Dios", manifestada en la crucifixión de Jesús (cf. 1 Cor 1,25), de la que nos dice Lc que Moisés y Elías hablaron con Jesús en la escena de la transfiguración.

De todo esto podemos sacar dos puntos importantes:

- 1) Es imposible compartir la Gloria de Jesús resucitado, sin entrar en comunión con el Misterio de su muerte y de su cruz (Flp 3,10-11).
- 2) Desde el momento en que por la fe y el bautismo aceptamos la comunión con el Crucificado, el "hombre que seremos", el hecho a imagen y semejanza del Resucitado glorioso, ya está presente en nosotros, con la exigencia de que lo cultivemos, en tal forma que nuestra vida se vaya transfigurando día a día, incluso - en cierta medida - en su dimensión visible (Leer 2 Cor 3,18 y 4,10.16)

Pero, por cierto, esto supone que para nosotros nuestro "ser cristianos" es siempre una meta y un llamado que nos impide instalarnos en una rutina de prácticas que nos deja satisfechos (cf. Flp 3,12-14).

## **SAN JUAN BAUTISTA**

Is 49,1-6; Hch 13,22-26; Lc 1,57-66.80

**24 de Junio**

Fuera del nacimiento de Jesús, la Iglesia celebra en su Liturgia solamente dos nacimientos: el de la Virgen (8 de Septiembre) y el de Juan Bautista (hoy); el de la Virgen, porque ella fue Inmaculada desde su misma Concepción; y el de Juan Bautista porque (según el Evangelio de Lucas 1,41), cuando su madre Isabel recibió el saludo de María, "el niño saltó de gozo en el seno de Isabel, la cual quedó llena del Espíritu Santo". Esto subraya que toda la grandeza de Juan Bautista se funda en el papel que le cupo en relación con Jesús.

Hay un importante y largo trozo en los evangelios de Mateo y Lucas en el que Jesús expresa su visión sobre el Bautista. Leamos el relato como lo encontramos en el evangelio de Mateo (Mt 11,2-15)

De este texto se desprende que el rol que nos corresponde a los cristianos es también el de ser "precursores de Jesús. Sólo Jesús es el Salvador; el - y sólo él - es la Verdad y la Vida. A lo más que podemos aspirar es a ser "precursores" de Jesús ayudando a otros a descubrirlo como única fuente de sentido para la existencia humana.

Todo el mundo reconoce con facilidad que el papel que desempeñamos los sacerdotes en la Iglesia prolonga el ministerio de Juan Bautista en la medida en que ayudamos a reconocer a Jesús como el Salvador y a adherir sólo a él, y no a nuestras personas.

Pero todos los cristianos están llamados a desempeñarse como Juan Bautista: ante todo, por cierto, los padres de familia respecto a sus hijos, y los maestros respecto a sus alumnos; pero también en cada una de las carreras o profesiones los cristianos tienen que actuar con la actitud del Bautista, de no "servirse de" los demás sino de "servirlos" a ellos: y de servirlos ayudándoles, con hechos más que con palabras, a descubrir en el camino mostrado por Jesús la posibilidad de una vida llena de sentido.

Creo que puede ser un buen programa de vida una palabra del Bautista sobre Jesús: "Es preciso que él crezca y que yo disminuya" (Jn 3,30).

## **SAN PEDRO Y SAN PABLO**

Hch 12, 1-11; 2 Tim 4,6-8.17-18; Mt 16,13-19

**29 de Junio**

Pedro y Pablo representan dos dimensiones de la Iglesia, dos polos que generan dinamismo; por tanto, ambos indispensables.

El servicio de Pablo: genio teológico (comprensión de toda la riqueza de la Gracia) y audacia apostólica ("Inculturación" de la fe cristiana en el mundo no judío). El servicio de Pablo se sigue haciendo presente en la Iglesia a través de cauces imprevisibles y variados, sin que quepa que alguien se llame "sucesor" de Pablo

En cambio, el servicio de Pedro se perpetúa a través de la sucesión en una institucionalidad visible, y consiste en ser signo visible (valga la redundancia) y factor efectivo de la unidad católica o universal de la Iglesia. Esta unidad es una "unidad de comunión" en torno al sentido de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestro amor. Y ella no puede darse como comunión, es decir con conciencia común, si no hay un punto de referencia común en quienes todos reconozcamos la expresión auténtica, orientadora y normativa de lo que hay de valedero en nuestras experiencias y búsquedas personales o colectivas siempre limitadas y parciales. Este es el papel de Pedro y sus sucesores.

Condición "sine qua non" planteada por Jesús para el ejercicio petrino es la adhesión plena de fe y amor, a la persona de Jesús (único centro y fundamento de la Iglesia), como lo muestran Mt 16 y Jn 21; y esa adhesión al Señor de la Iglesia lo lleva a sentirse y actuar como "siervo de los siervos de Dios" respecto de los miembros de la comunidad eclesial.

En su Encíclica "Ut unum sint" (25-5-95), el Papa Juan Pablo II hizo unas reflexiones de extraordinario valor en torno al ministerio universal de la unidad cristiana que e él le tocó desempeñar como sucesor de Pedro. Creo que es importante que todos los fieles las conozcan y comprendan. Voy a leer algunos párrafos de este documento:

Nº 88: "El convencimiento de la Iglesia católica de haber conservado, en fidelidad a la tradición apostólica y a la fe de los Padres en el ministerio del Obispo de Roma, el signo visible y la garantía de la unidad, constituye una dificultad para la mayoría de los demás cristianos, cuya memoria está marcada por ciertos recuerdos dolorosos. Por aquello de lo que somos responsables, con mi Predecesor Pablo VI imploro perdón"

Nº 89: "Es significativo y alentador que la cuestión del primado del Obispo de Roma haya llegado a ser actualmente objeto de estudio, inmediato o en perspectiva, y también es significativo y alentador que este asunto esté presente como tema esencial no sólo en los diálogos teológicos que la Iglesia mantiene con las otras Iglesias y Comunidades eclesiales, sino incluso de un modo más general en el conjunto del movimiento ecuménico. Recientemente los participantes en la quinta asamblea mundial de la Comisión "Fe y Constitución" del Consejo Ecuménico de las Iglesias, celebrada en Santiago de Compostela, recomendaron que la comisión "inicie un nuevo estudio sobre la cuestión de un ministerio universal de la unidad Cristiana"

Nº 94: "La misión del Obispo de Roma en el grupo de todos los Pastores consiste precisamente en "vigilar" (*episkopein*) como un centinela, de modo que, gracias a los Pastores, se escuche en todas las Iglesias particulares la verdadera voz de Cristo - Pastor. Así en cada una de estas Iglesias particulares confiadas a ellos se realiza la *Iglesia una, santa, católica y apostólica*. Todas las Iglesias están en comunión plena y visible porque todos los Pastores están en comunión con Pedro, y así en la unidad de Cristo"

Nº 95: Refiriéndose a las diversas funciones que le corresponden al ministerio petrino, dice: "Todo eso, sin embargo se debe realizar siempre en la comunión. Lo que afecta a la unidad de todas las Comunidades cristianas forma parte obviamente del ámbito de preocupaciones del primado. (...) Que el Espíritu Santo nos dé su luz e ilumine a todos los Pastores y teólogos de nuestras Iglesias para que busquemos, por supuesto juntos, las formas con las que este ministerio pueda realizar un servicio de fe y de amor reconocido por unos y otros".

Nº 96: "Tarea ingente que no podemos rechazar y que no puedo llevar a término solo. La comunión real, aunque imperfecta, que existe entre todos nosotros, ¿no podría llevar a los responsables eclesiales y a sus teólogos a establecer conmigo y sobre esta cuestión un diálogo fraterno, paciente, en el que podríamos escucharnos más allá de estériles polémicas, teniendo presente sólo la voluntad de Cristo para su Iglesia, dejándonos impactar por su grito "que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que tu me has enviado" (Jn 17,21)?"

Nuestra actitud respecto de quien ejerce a favor nuestro el ministerio de Pedro, se desprende de lo ya dicho. Ante todo debemos sentirlo como un hermano nuestro: hermano en humanidad, con todas las flaquezas inherentes a nuestra condición; y, sobre todo, hermano en la fe, con la misma dignidad bautismal, con las mismas luchas por vivir sus exigencias, y con el mismo gozo de sentir al Señor presente.

Sólo en la medida en que nos vincule con él una genuina comunión espiritual, podremos reconocer con profundidad su servicio peculiar. Entonces surgirá una plegaria auténtica por este hermano cargado con la mayor responsabilidad imaginable. Así nos sentiremos movidos cordialmente a acoger sus enseñanzas y directrices, a estudiarlas, a ponerlas por obra, a difundirlas. Sólo entonces será posible que se abra nuestro espíritu para abrazar con gratitud perspectivas a veces

diferentes de las nuestras, reconociendo la limitación y parcialidad de nuestros propios puntos de vista, y llegando a tener por lo mismo un corazón realmente católico, un corazón que se dilate a la medida del corazón de Cristo.

## VIRGEN DEL CARMEN

1 R 18,1-2ª.41-46; Hch 1,12-14; Jn 2,1-11

### 16 de Julio

En este día en que celebramos la solemnidad de la Virgen del Carmen como "patrona" o "protectora" (Madre y Reina) de Chile, no creo inútil comenzar señalando el valor secundario que tienen las diversas "advocaciones" con que se honra - a través de diferentes representaciones o imágenes - a la *única* Virgen María, la Madre de Jesús. Esas advocaciones pueden aludir a la figura que adoptó al "aparecerse" (por ejemplo, la de Guadalupe, la de Lourdes, la de Fátima), o a ciertas imágenes veneradas en algún lugar (La del Pilar, la de Monserrat, la de Lo Vásquez), como también la venerada por alguna congregación religiosa como la de la Merced, la Auxiliadora, o la Madre tres veces admirable. En esta última categoría se sitúa "la Virgen del Carmen" que corresponde a la imagen difundida por la orden carmelitana fundada en el tiempo de las Cruzadas por Simón Stock en el Monte Carmelo de Tierra Santa. Es obvio que no tienen sentido preguntas como las siguientes: "¿Es más milagrosa María Auxiliadora o la Madre tres veces admirable?", o "¿Tiene más poder la Virgen del Carmen que la de la Merced?"

También me parece útil dejar en claro qué significa que "la Virgen del Carmen" (es decir María) sea la "Patrona" (para nosotros "Madre y Reina") de nuestra nación. Tal "patronazgo" surgió de una decisión de quien tenía la capacidad de representar a la nación entera, B. O'Higgins, y fue refrendada por la Iglesia Católica. Pero es evidente que esa devoción no le creó a la Virgen María una "obligación" nueva y específica: fue más bien una petición hecha a ella de que protegiera a nuestro país, pero con el compromiso implícito de que esa petición se mantuviera y actualizara a través del tiempo. Y es claro que no cualquier actuación que de alguna manera comprometa al país va a ser "avalada" por la Virgen: ¡No se le puede exigir a ella que "se ponga la roja" en cualquier partido de fútbol! No se trata de que la Virgen "se chilene", sino más bien de que Chile "se marianice", comprometiéndose cada vez más a acatar su palabra: "Hagan todo lo que Jesús les diga".

Y con esto llegamos al importante texto de las bodas de Caná, que acabamos de leer como Evangelio de hoy. Jesús según nos relata Juan, realizó un "signo", que consistió en cambiar un agua destinada "a los ritos de purificación de los judíos" en excelente y sobreabundante "vino de bodas". Este "signo" representaba de antemano la gran transformación que iba a realizar Jesús: la del régimen del Antiguo Testamento en el régimen del Nuevo Testamento.

Es claro que Jesús realiza este "signo" tras la solicitud de su Madre. Pero no es menos claro que entre la observación de la Virgen y la realización del "signo" hay una frase de Jesús que resulta bastante misteriosa a primera vista: en ella hay dos cosas seguras 1) que "la Hora de Jesús" ( como se ve por su uso a través de todo el evangelio de Juan) es la de la inauguración de la "nueva Alianza" a través de su "exaltación" (primero en la cruz y luego al cielo), y 2) que la frase traducida como "¿qué tenemos que ver nosotros?", significa en la lengua original la negación de todo vínculo exigible entre dos personas. Comencemos señalando que esta "independencia" de Jesús respecto de su familia durante su ministerio aparece señalada en todos los evangelios. Pero lo importante está en la relación estrecha entre la frase que acentúa la "independencia" de Jesús y la que señala que "su Hora no ha llegado"; el sentido obvio es que, cuando llegue la Hora de Jesús, su Madre sí tendrá un papel como "Mujer" en la gran transformación que él va a realizar. En efecto, cuando llega la Hora de Jesús, el evangelio de Juan dice que junto a Jesús clavado en la cruz está "su Madre"; y que a ella -"Mujer"- le

confía el papel de ser madre del discípulo que se mantuvo fiel; y el evangelista añade que "a partir de esa Hora el discípulo la recibió en su casa". Y el mismo evangelista destaca el cambio producido por la muerte y resurrección de Jesús haciendo que éste, ya resucitado, llame a sus discípulos "hermanos suyos", porque ahora comparten con él al mismo Dios como Padre de ellos y de él. Es claro que para el evangelista ser "hermano de Jesús" implica tener el mismo Padre y la misma Madre que él. La gran transformación del régimen religioso se lleva a cabo con una participación discreta de María, de la que fue un "signo", también, su participación en lo sucedido en Caná. Es imposible destacar mejor el papel de la Virgen en la acción salvadora de Jesús.

## SANTIAGO APÓSTOL

Hch 4,33-5,27; 2 Cor 4,7-15; Mt 20,20-28

### 25 de Julio

Los textos bíblicos que la Liturgia nos propone en la fiesta del Apóstol Santiago (que prevalece sobre el Domingo correspondiente, por tratarse del patrono de nuestra diócesis), nos invitarían a reflexionar sobre el ministerio apostólico que los pastores de la Iglesia tienen la responsabilidad de seguir haciendo presente en todo el mundo a través de los siglos.

Pero me ha parecido importante que tomemos conciencia de lo que significa para cada uno de nosotros el pertenecer a una diócesis, y concretamente a ésta nuestra de Santiago.

Según la enseñanza del Conc. Vat II, en cada Iglesia particular local presidida por un obispo (y eso es una diócesis) se da toda la "eclesialidad" o esencia eclesial. Y cada Iglesia local puede gozar de toda la riqueza espiritual que Cristo comunica a la Iglesia que es "su cuerpo histórico", en la medida en que acepta gozosamente que la Iglesia local vecina tiene idéntica riqueza, y por eso vive en comunión con ella y con todas las demás. La Iglesia universal no es más que la plena comunión de todas las Iglesias particulares, que encuentra su garantía en la comunión de todas ellas con la Iglesia cuyo obispo es el sucesor de Pedro. No sería correcto un "organigrama" de la Iglesia católica en que los obispos aparecieran como representantes o delegados del Papa. La autoridad episcopal le es conferida a cada obispo por Cristo mismo a través del sacramento de la ordenación episcopal, que los hace "hermanos" del obispo de Roma, sin perjuicio de la primacía de jurisdicción que este posee y gracias a la cual los obispos le deben leal obediencia.

Es en nuestra diócesis, entonces, donde tenemos que vivir nuestra comunión eclesial. Lo primero que debemos tener presente es que algún grado de comunión entre los creyentes en Cristo es una exigencia ineludible de esa comunión con él que es la auténtica fe. Si para cada cristiano Cristo es el centro o foco que le da el sentido y la orientación fundamental a su vida, es imposible que no sienta la necesidad de compartir con otros cristianos lo que significa como riqueza y como tarea esa adhesión a Cristo. Si es evidente que Cristo quiere que la vida humana en su totalidad se inspire en sus actitudes y en sus palabras, es imposible que los cristianos no busquemos asumir en común esa tarea que a todos nos incumbe. Vivir cristianamente es, pues, vivir eclesialmente, con conciencia de corresponsabilidad en la misión que Cristo les asigna a sus discípulos, y con conciencia, también, de "pertenencia" a una comunidad estructurada. Un reciente estudio sociológico destaca que para un gran número de católicos, su iglesia es más "un punto de referencia" que "un lugar de pertenencia": diferencia que podría compararse a la que hay entre el "simpatizante" de un partido político y el "miembro" de él "con sus cuotas al día". Y la comparación se queda corta, porque los católicos no *estamos en la Iglesia*, sino que *somos la Iglesia*.

Si queremos vivir eclesialmente nuestro cristianismo, tenemos que abarcar simultáneamente dos dimensiones de la comunión eclesial: una, que se puede dar, por ejemplo, en la reunión de una

cinco parejas que, incluso informalmente, se juntan con cierta periodicidad para poner en común las experiencias, logros, dificultades e inquietudes que se les dan en su búsqueda de vivir inspirados por el Evangelio; y otra, que consiste en estar sintonizados con nuestra Iglesia diocesana, en lo que piensa, propone y proyecta, con el ánimo de "meternos" en esa trayectoria en la medida en que a cada uno le resulte posible. Nuestra pertenencia a la Iglesia diocesana no puede reducirse a *recibir* de ella la Palabra de Dios y los sacramentos, sino que debe incluir el *dar* de lo nuestro (¡y no sólo el 1% de nuestros ingresos económicos!) para contribuir con nuestro servicio personal al logro de sus objetivos evangelizadores y humanizantes.

## SANTIAGO APÓSTOL

Hch 4,33-5,27; 2 Cor 4,7-15; Mt 20,20-28

Lo que permite comprender con toda su pertinencia la escena que nos presenta el evangelio, es que aparece situada inmediatamente después del tercer anuncio de su Pasión hecho por Jesús. Por eso es que la respuesta de Jesús incluye dos elementos que se fundan ambos sobre el carácter de "Servidor" humilde y sufriente que es distintivo de su mesianidad: en primer lugar, Jesús, si bien es cierto que viene a hacer posible el Reino de Dios, le reserva a su Padre la plena autoridad respecto de su Reino: él no quiere ser más que "el Siervo". En segundo lugar, Jesús les subraya a los discípulos ambiciosos que la simple admisión en el Reino pasa por la capacidad de compartir la amarga copa del rechazo y del ajusticiamiento de que él acaba de hablar; y aunque él sabe que en el futuro ellos van a compartir esa copa, él sabe también que en ese instante ellos no tienen la capacidad de beberla, dominados como están por su ambición mundana (¡Pedro también se sentiría orgullosamente capaz de no traicionar a Jesús, y sabemos que llegó, por miedo, a negarlo tres veces!).

La indignación de los otros diez no era de mejor calidad que la petición de Santiago y de Juan; su raíz parece haber sido el resentimiento frente al hecho de haber manifestado los dos ante Jesús la sorda competencia que entre ellos existía (cfr, Mc 9,33-34).

La actitud de sus discípulos, tan ajena a su propio espíritu, lleva a Jesús a definir el papel que han de tener los que en la comunidad cristiana deban desempeñar un liderazgo.

Su papel no será el de disfrutar de privilegios comparables a los de los grandes de este mundo, sino el de hacer visible y presente la actitud de Jesús, el Servidor de Dios y de los hombres, el "que no vino a ser servido, sino a servir", el Mesías "sencillo y de corazón humilde", el "amigo de publicanos y pecadores", el "que no vino a condenar, sino a salvar" y a perdonar, el que no intimidaba ni agobiaba, sino que estimulaba y aliviaba.

Ese "no ha de ser así entre ustedes" marca una contraposición tajante con lo que ha sido históricamente el ejercicio del poder en "el Reino de este mundo". Lo contrario es lo que aquí vale. El nuevo espíritu es el espíritu de servicio. La nueva norma es la de la entrega a los demás. La verdadera grandeza es la pequeñez. Todo esto parece paradójico, y lo es. Porque la gran verdad referente al hombre es que posee la dignidad humana sólo cuando la reconoce idéntica a la suya en todos los demás y cuando, por consiguiente, renuncia a toda "voluntad de poder" sobre los demás y se esfuerza por que todos puedan vivir libremente como sujetos y actores de sus propias vidas. La verdadera autoridad se despliega en los esfuerzos para que los demás crezcan y se hagan cada vez menos dependientes de quien detenta la autoridad. La verdadera autoridad cristiana es la que atrae y no la que empuja.

## DEDICACIÓN SAN JUAN DE LETRÁN

Ez 10,1b.3ª; 47,1-2.8-9.12; 1 Cor 3,9c-11.16-17; Jn 2,13-22

9 de Noviembre

Para comprender bien por qué se celebra la dedicación de una Iglesia catedral es indispensable tener en cuenta dos cosas que fácilmente perdemos de vista.

La primera es, que para el cristianismo el "verdadero" culto es el de la vida entera consagrada a la comunión con Dios y con nuestros hermanos, y que el "verdadero" templo es la comunidad cristiana misma en cuanto "cuerpo de Cristo". El culto ritual, el que se despliega en los sacramentos y otros ejercicios de piedad, es un "signo" que exterioriza esa actitud interna y que al mismo tiempo la apoya y la refuerza; los edificios dedicados a la celebración del culto ritual son, primeramente, "la casa de la Iglesia", es decir, de la comunidad convocada por Dios para integrarse al "cuerpo" crucificado y resucitado de Cristo, y son, por lo mismo, también un signo visible de esa comunidad, como toda "casa familiar" está llamada a serlo de la familia misma, ya que en esos edificios es donde se reúne la comunidad cristiana para tomar conciencia de que lo más entrañable que tiene, es decir, su comunión fraternal, se funda en su comunión con Cristo, y luego, para renovar visiblemente esta comunión con Cristo participando todos sus miembros unidos en los sacramentos que Cristo para eso nos dejó: máxime la Eucaristía. Así, nuestras iglesias (con minúscula) reciben de la comunidad eclesial el carácter de "templos de Dios", por ser la "casa de la Iglesia (con mayúscula); Y la Iglesia tiene ese carácter por ser "el cuerpo de Cristo", que es por antonomasia "el templo de Dios". Todo esto está claramente expresado en la 2ª Lectura y en el Evangelio de hoy.

La segunda cosa que es indispensable tener en cuenta para comprender el sentido profundo de una Iglesia catedral, es la dimensión esencialmente episcopal de la comunidad eclesial. Sin obispo no hay Iglesia, porque del obispo recibe la comunidad cristiana los dos elementos que la hacen ser Iglesia de Dios: la Palabra y los Sacramentos. Por eso, el edificio donde el obispo tiene su cátedra de maestro y su altar sacerdotal, tiene un carácter significativo único entre todas las iglesias de una Iglesia diocesana. En cada comunidad cristiana presidida por un obispo se da toda la esencia eclesial; de tal modo que, como lo enseñó el Concilio Vaticano II, no hay más "esencia eclesial" en todas las diócesis del mundo juntas que en una sola diócesis presidida por un obispo, con la condición de que esta diócesis les reconozca idéntica dignidad a cada una y a todas las demás Iglesias diocesanas. Esto es lo que llamamos la "*comunión católica*", que tiene su centro de convergencia visible en el obispo de Roma, sucesor de Pedro.

Esto nos permite comprender por qué la *Catedral del obispo de Roma* tiene una significación muy particular para los católicos de todo el mundo: la Catedral del Papa participa algo de esa centralidad que es su carisma peculiar y que ningún otro obispo posee.

No puedo terminar sin evocar la enorme conmoción que experimenté, hace hoy exactamente cincuenta años, cuando por primera vez crucé el umbral de San Juan de Letrán: fue como sumergirme en las fuentes misteriosas de la Catolicidad de la Iglesia.

## DIA DE LA ORACIÓN POR CHILE

Jdt 13,18-20; 15,8-10; 16,13-17; 1 Tim 2,1-8; Jn 19,25-27

(Último domingo de septiembre)

Rezar por Chile es rezar por el bien de todos los chilenos. Este "bien común" no es algo que Dios nos pueda conceder al margen de la actividad consciente y libre de quienes componemos el país. Por consiguiente, pedirle a Dios por nuestra patria es pedirle que nos ayude a actuar de tal modo que nuestra actividad se oriente al bien común y contribuya a lograrlo; es pedirle que

transforme nuestro "patriotismo" instintivo en "civismo" ilustrado; es pedirle que la preocupación por el bien común sea el marco dentro del cual se justifica la búsqueda de nuestro bien particular; en una palabra, es pedirle que nos dé el auténtico sentido de la *solidaridad social*.

Esta solidaridad se basa en la conciencia de que cada grupo (con sus normales intereses ideológicos o económicos) es sólo una parte que tiene que integrarse al conjunto y sumarse a la contribución de otros grupos. Solidaridad es no priorizar lo propio, sino lo común, y poner lo propio al servicio de los común. Solidaridad es reconocer en los hechos la interdependencia en que nos encontramos y procurar que haya equidad en la distribución de las cargas y de los beneficios en nuestra sociedad.

La solidaridad nos lleva a darle más importancia a lo que nos une que a lo que nos desune, y a darle más peso al futuro que al pasado. También nos lleva a tener frente a los demás una predisposición a confiar en ellos, sin suspicacias ni reticencias "a priori".

La solidaridad, por último, nos lleva a tener una viva sensibilidad ante los sectores estructuralmente más débiles de la sociedad. Recordemos las frases que nos dijo Juan Pablo II a los chilenos en su memorable visita, cuando nos señalaba que la solidaridad es "sentir la pobreza ajena como propia, hacer carne de uno mismo la miseria de los marginados, descubrir - tras el lenguaje frío de cifras y estadísticas - el rostro viviente y doloroso de cada persona, de cada ser humano indigente y marginado" (CEPAL, N<sup>os</sup> 7 y 4)

Sin solidaridad una sociedad se deshumaniza y se transforma en una horda regida por la ley de la selva, que no es otra cosa que el dejarle el logro del bien común al libre juego de los egoísmos y de los intereses particulares.

Pidamos por Chile, es decir, pidamos para todos los chilenos un espíritu solidario.

## **SEMANA SANTA**

### **MIÉRCOLES DE CENIZAS**

Jl 2,12-18; 2 Cor 5,20-6,2; Mt 6,1-18

En el Antiguo testamento la misma palabra hebrea designa la ceniza y el polvo en que finalmente se convierte el hombre después de su muerte.

Se comprende, entonces, que recurrir a la ceniza, sea echándosela encima, sea sentándose o revolcándose en ella, fueran una expresión de humillación empleada en situaciones de desgracia, de duelo o de penitencia, ya que era una manera de reconocerse mortal o inclusive merecedor de la muerte.

Tratemos de comprender ahora qué sentido tiene el uso de este rito simbólico a la luz de la fe cristiana y por qué resulta adecuado al comenzar la Cuaresma.

La ceniza es lo que queda cuando un ser viviente ha dado de sí todo lo que tenía. Esta ceniza viene de un árbol que dio flores, fruta, sombra, y que incluso después de muerto dio leña: leña que dio alegría y calor con sus llamas y con sus brasas. La ceniza tiene un pasado hermoso, pero no se le ve futuro.

Ahora bien, lo más entrañable de la fe cristiana nos enseña que la donación total de sí mismo, hasta la muerte, no lleva a una aniquilación de esperanzas, sino que es el principio de una vida nueva, plena y definitiva. Esto vale en primer lugar de la entrega de sí mismo que fue la muerte de Jesús en la cruz, y también de nuestras entregas grandes o pequeñas.

Al recibir la ceniza, pues, aceptamos la dimensión de muerte en nuestra existencia, tanto en sus mordeduras cotidianas como en su último abrazo, próximo o lejano. Aceptamos esta dimensión

de muerte, pero lo hacemos con la esperanza cierta de que cualquier grado de "mor - tificación" asumido en comunión con la entrega de sí mismo cumplida por Jesús en su cruz, le abre espacio en nosotros a la vida nueva de Jesús resucitado.

Esta es la estructura permanente de la vida cristiana, como surge del bautismo que crea un dinamismo de integración en la muerte y resurrección de Cristo. Esta estructura permanente aparece amplificada y subrayada por los noventa días de la Cuaresma y el Tiempo Pascual, con su centro en la Vigilia Pascual, en la que celebramos el "paso" de Jesús de la muerte a la vida y en la que encuentra su momento específico y normal la celebración del sacramento del Bautismo.

Así, pues, recibir hoy la ceniza en nuestra frente es expresar ritualmente la voluntad de una "conversión" basada en la "buena nueva" de la victoria de la Vida sobre la realidad (insoslayable pero aceptada) de la Muerte. Es un acto de fe que nos abre a la esperanza y que nos urge a las entregas y renunciaciones del amor.

## JUEVES SANTO

Ex 12,1-14; 1 Cor 11,23-26; Jn 13,1-15

Desde siempre los cristianos vieron en Cristo al verdadero Cordero pascual, cuya sangre derramada libra de la muerte y cuya carne compartida crea conciencia de comunidad en el pueblo de Dios y le da fuerza para emprender el viaje a la tierra prometida.

Realmente, como lo presenta la tradición conservada en Jn (cfr. 18,28; 19,14), Jesús murió el día y a la hora en que se inmolaba el Cordero pascual.

Pero ya la liturgia primitiva (conservada en Mt, Mc y Lc) quiso subrayar el carácter pascual de la Eucaristía en cuanto Cena en la que se come la carne (o el cuerpo) de Cristo, y por eso vinculó con la Pascua la Cena en que Jesús la instituyó, "la noche en que iba a ser entregado". Por eso se sigue leyendo hasta hoy el texto del Éxodo sobre el Cordero Pascual como primera Lectura bíblica de la Misa en que se celebra la institución de la Eucaristía.

Es claro, sin embargo, que la imagen del Cordero pascual no agota la realidad contenida en la muerte de Cristo, ni - por consiguiente - en la Eucaristía que es su Memorial, en el que se sigue haciendo ella presente a través de los siglos.

Una imagen que destaca mejor la actitud íntima de Jesús al entregarse a la muerte y el alcance salvífico que ésta tiene, es la del Lavatorio de los pies. En esta escena se refleja de manera inequívoca que el rasgo dominante de toda la existencia de Jesús, y máxime de su entrega a la muerte, es su actitud de "Servidor" que en su voluntad de servir se humilla hasta extremos inimaginables; y en ella se refleja también que lo que Jesús busca con su "servicio" es purificarnos de nuestras faltas.

Y esta escena, por lo mismo que nos hace ver con una luz particular la humillación de Jesús hasta la muerte, nos hace también comprender mejor el sentido de la Eucaristía, rito evocador de esa muerte. El Lavatorio de los pies, con la orden: "hagan ustedes lo mismo que yo les he hecho", nos lleva a comprender que la Eucaristía nos hace participar de los frutos de la Pasión del Señor sólo en la medida en que hacemos nuestra su actitud de entrega sin límites al servicio humilde de los demás y en que encarnamos tal actitud en actos concretos y significativos. El pan y el vino eucarísticos, ofrecidos y entregados a todos para ser consumidos, no son signo sólo de la entrega de Jesús, sino que tienen que serlo también de nuestra propia entrega.

Es indispensable que la imagen de Jesús como Servidor sea un paradigma planteado con el máximo relieve ante los ojos de todos los cristianos. Y es, ésta, una tarea que les incumbe de manera insoslayable a los mismos que Jesús instituyó como ministros de la Eucaristía, llamados a ser "siervos de los siervos de Dios". Todos los fieles, en virtud de su bautismo tienen el derecho y el deber de identificarse con Jesús en su actitud sacerdotal de ofrecer su propia vida de tal modo que se sume y se integre a la oblación hecha por él a Dios y a los hombres en la Cruz. Pero a los ministros

ordenados nos cabe la responsabilidad de hacer visible, comprensible y atrayente, en el ejercicio de nuestro ministerio, la figura de Jesús como Servidor. Hay que decir con toda claridad que no sólo es imposible que haya Eucaristía sin sacerdotes ordenados, sino que el sentido profundo de la Eucaristía queda velado si sus ministros no permiten entrever la imagen del Cristo Servidor como prototipo único de la existencia cristiana.

Por eso, creo que este día, en que le damos gracias a Cristo por el sacramento de la Eucaristía, tiene que ser, por lo mismo, un día de oración por los sacerdotes y por las vocaciones sacerdotales. Porque, para que sea posible la necesaria experiencia de Cristo hecho Servidor obediente hasta la muerte, no se necesita sólo pan y vino; se requieren sacerdotes que, como dice San Pablo, "lleven siempre y por todas partes en su persona, la ida a la muerte de Jesús, para que también, en su persona, se manifieste la vida (resucitada) de Jesús" (2 Cor 4,10). Esto significa, como añade S. Pablo, que, para que se despliegue en los fieles la vida (del Resucitado), tiene primero que desplegarse la muerte (del Crucificado) en los ministros del Evangelio. Y esto, a su vez, no es posible si los fieles no sienten existencialmente la necesidad de sacerdotes que encarnen a Cristo Servidor, y si no traducen esta necesidad sentida en una oración constante y vital por los sacerdotes y por las vocaciones sacerdotales.

## JUEVES SANTO

Ex 12,1-14; 1ª Cor 11,23-26; Jn 13,1-15

Hoy es un día grande en la vida de la Iglesia: se conmemora la institución de dos sacramentos fundamentales para su vida: la Eucaristía y el Sacerdocio ministerial.

Esta conmemoración puede llevarnos a concentrar nuestra atención en estas realidades instituidas, que son elementos constitutivos de la Iglesia como institución. Y no es malo que así sea, con tal que esa consideración no nos haga olvidar que la razón de ser fundamental de ambos sacramentos es la de mantener vigente en la Iglesia *la memoria de Jesús*.

Es esencial para la Iglesia tener siempre presente que ese "Señor glorificado" que es su "Cabeza" invisible que la vivifica y orienta, es el mismo Jesús de Nazaret que actuó en nuestra historia y que murió crucificado. Esa actuación histórica mostró los rasgos propios y definitivos de la persona de Jesús, y si no se conserva una memoria de esa actuación histórica, el Cristo hoy viviente y presente de manera invisible, puede volverse para nosotros una figura vaga y despersonalizada. La tarea de la Iglesia en la historia es mantener vigentes los criterios y el estilo de vida de Jesús, sus actitudes y las opciones que caracterizaron su existencia y que le dieron su "sentido" a todo cuanto hizo. Y esa tarea es imposible si la *memoria de Jesús* se hace borrosa en la comunidad cristiana.

Ahora bien, no cabe duda de que la actitud fundamental y global mostrada por Jesús en su actuar histórico fue la de un amor expresado en la entrega sin límites de sí mismo a los demás, hasta el extremo de hacerse "servidor", y cuya culminación se dio en su muerte en cruz. Es así que los gestos que hizo el Jueves Santo tenían por objeto subrayar visible y simbólicamente el sentido de *auto-entrega* y de *servicio* que tendría lo que iba a ocurrir el Viernes Santo.

Es de la esencia más entrañable de la celebración eucarística, que se la lleve a cabo "en memoria" de Jesús, y en concreto de su "entrega" a la muerte como clave de toda su existencia. Vale la pena releer el texto de san Pablo que escuchamos como 2ª Lectura.

Y a sus discípulos les inculca Jesús que presidir la celebración eucarística sería un contrasentido si no supieran encarnar la actitud fundamental de la vida de él en gestos y acciones que manifiesten la conciencia de no ser más que servidores de sus hermanos. La orden que les da de "hacer lo mismo que él les ha hecho" al lavarles los pies, puede considerarse como el momento más álgido u significativo de su decisión de hacerlos sus "representantes" como tarea y destino que él les

asigna. Un ministerio sacerdotal que no evoque a Jesús como "servidor que no teme humillarse ante sus hermanos", no corresponde a lo que quiso Jesús al instituir un ministerio que incluyera la celebración de la Eucaristía. "Re -presentar" la entrega de Jesús en un rito sacramental sólo les puede caber a quienes asuman el compromiso de "re-presentarla" en las actitudes de la propia vida.

En este día debemos agradecerle a Jesús la institución de la Eucaristía y del Orden Sacerdotal, y debemos pedirle que a todos nos haga conscientes de que participar de la Eucaristía es comprometernos a hacer de nuestra vida un pan y un vino que los demás puedan comer y beber, y que a los sacerdotes nos recuerde que presidir la Eucaristía representando al Señor, nos compromete a hacerlo en su condición histórica de Servidor humilde y humillado y a no pretender ser "dueños" de la Iglesia.

## VIERNES SANTO

Decir Jesucristo es decir "el Crucificado Resucitado". Entre los dos adjetivos "Crucificado" y "Resucitado" no hay conflicto o contradicción. La resurrección está presente en la crucifixión como en su causa y origen. Jesús resucitó, no "a pesar de" haber sido crucificado, sino "a causa de" haberlo sido. Por eso san Pablo puede escribir que "no quiso saber nada" entre los corintios "sino a Jesucristo y a éste crucificado".

Creo que la gran pregunta de esta tarde de Viernes Santo, mientras nos preparamos para la adoración de la Cruz, tiene que ser si de veras Cristo crucificado es el centro de nuestra vida cristiana.

1. Preguntémonos en primer lugar, si el Señor, el Crucificado, es el *centro de nuestra fe*. ¿Somos conscientes de que ser cristiano no es pertenecer al cristianismo ni a la cristiandad, sino a la persona de Cristo? ¿Somos conscientes de que la calidad de nuestra vida cristiana depende esencialmente de la comprensión - y por tanto, del conocimiento - de la persona de Jesús, y más concretamente de sus actitudes, criterios y acciones que lo llevaron a ser rechazado, condenado y ajusticiado? ¿Somos conscientes de que la Iglesia y sus sacramentos son verdaderas mediaciones que nos ponen en contacto con Cristo, y que sólo valen en la medida en que nos dan la ocasión para el encuentro con él?
2. Preguntémonos en segundo lugar, si el Señor Crucificado, es el *centro de nuestra esperanza*. ¿qué es lo que realmente deseamos y esperamos como plenitud de nuestra vida? ¿Queda nuestra concepción del "cielo"-o de la "vida eterna"- suficientemente definida con la formulación de san Pablo: "Estar siempre con el Señor (Jesús)"? ¿En qué situamos nuestra confianza de entrar en la plenitud del Reino de Dios: en nuestros cumplimientos, o en el amor de Dios manifestado en la crucifixión de Cristo? ¿Nos cuesta darnos cuenta de que los sufrimientos y fracasos, como participación que son de la Cruz de Cristo, son un llamado a crecer en nuestra esperanza, purificándola de toda dimensión mundana? ¿Compartimos la certeza inquebrantable con que san Pablo expresa su esperanza "Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó darnos a su propio Hijo, sino que por todos nosotros lo entregó, ¿cómo no nos dará también todas las cosas con él?"? ¿Es para nosotros la Cruz de Cristo fuente de seguridad y de paz respecto de nuestra propia muerte?
3. Preguntémonos finalmente, si el Señor, el Crucificado, es el *centro de nuestro amor*. ¿Nos dejamos, gozosamente amar por Jesús con ese amor suyo que llegó hasta el extremo de dar su vida por nosotros? ¿Aceptamos de veras que el amor verdadero implica dar la vida por los que amamos? ¿Llega nuestro amor a Dios a hacerse, como en Jesús, obediencia hasta la muerte? ¿Reconocemos que nuestro amor a Jesús es inseparable del amor a nuestros hermanos más desamparados, dado que Jesús quiso identificarse para siempre con la porción sufriente de la humanidad? ¿Somos capaces de reconocer a Jesús crucificado, como nos lo

pidieron nuestros obispos en Puebla, en los rostros de los niños golpeados por la pobreza desde antes de nacer; de los jóvenes desorientados y frustrados; de los indígenas marginados en un país que fue de sus antepasados; de los campesinos y obreros impotentes para defender sus derechos; de los desempleados y subempleados, víctimas de un sistema frío y calculador; de los ancianos a quienes no se les reconoce un lugar en la sociedad? ¿Sentimos que en la Cruz de Jesús hay un llamado a perdonar de corazón a quienes nos han hecho un mal? ¿Nos damos cuenta de la blasfemia que hay en descalificar actuaciones y personas diciendo que "no tienen perdón de Dios"? ¿Le hemos tomado el peso a lo que significa el imperativo de Jesús, de "amar como él nos amó"? ¿Vemos la cruz como el lugar de revelación del Amor absoluto?

## VIERNES SANTO

La Liturgia prevé una "breve homilía" después de la lectura de la Pasión. En realidad no queda mucho por decir, aunque sí queda mucho por reflexionar y por orar. Quizá nos pueda ayudar a reflexionar orando el subrayar que la Pasión de Jesús es la revelación de la verdadera vida.

Si es cierto que sólo el amor nos introduce en el ámbito de una vida realmente humana, y que el que no ama permanece en la muerte, y si es cierto que nadie tiene amor más grande que el que entrega su vida por el amado, resulta claro que nunca fue más intensa y más plena la vida de Jesús que en el momento de entregarla muriendo por nosotros. Y la verdad es que, lo que llamamos "resurrección" de Jesús fue en realidad la eternización de su entrega por nosotros. Jesús sigue presente a través de todos los tiempos y en todos los lugares viviendo su entrega total a todos los hombres.

Y cuando Jesús nos sigue invitando a comer su cuerpo entregado por nosotros y a beber su sangre derramada por nosotros, nos está invitando a entrar más hondamente cada día en esa vida suya, que es la verdadera y eterna, y que alcanza su plenitud en la entrega hasta la muerte.

Jesús ya había dicho que guardando la propia vida se la pierde y que perdiéndola se la encuentra. Cuando se acepta vivir no para uno mismo sino para los demás, se entra en un nuevo tipo de vida, llamado a participar de la eternización que Dios le confirió a la entrega suprema de Jesús

Frente a la cruz de Cristo se juega, por consiguiente, la opción cristiana esencial: la de encontrar una vida nueva, como la de Jesús, en la entrega desinteresada de la propia vida, sin restricciones ni reticencias, hasta la muerte.